

III.

Las finanzas andaban bien. Las recaudaciones en España estuvieron por encima de lo que se esperaba. En el Palacio de la Música llegaron a cobrar 3.000 pesetas por función, un *cachet* muy alto en un país que no estaba resguardado de las esquirlas de la crisis mundial. También se enteraron de que alguien había retirado 200.000 pesetas por las composiciones de Enrique —luego, en París, un desconocido les robaría 450.000 francos—, prueba contundente de la falta de protección que padecían los autores, pero eso no empañó la corriente ascendente de noticias favorables. Enrique aprovechó el viaje para tramitar un convenio de reconocimiento recíproco de derecho autoral con el gremio de compositores españoles. Se anticipaba así a lo que años más tarde sería su trabajo en Sadaic.

Al comienzo, las dificultades para conseguir yerba mate les provocaron cierta ansiedad. Pero pronto dieron con los distribuidores. Con fruición de drogadictos, pagaron 20 pesetas el kilo. En París todo sería más difícil: 80 francos el kilo, hasta que conocieron a un importador de la plaza Madeleine que se la vendió a 20 francos. A menos de un año de haber salido de la Argentina, Enrique y Tania, más él que ella, empezaban a extrañar algunos sabores de la vida argentina.

La escapada a Portugal tuvo su recompensa. En Coimbra fueron apoyados con entusiasmo por los estudiantes, que agitaron sus pintorescas capas después de cada interpretación de Tania. «La sala parecía colmada de grandes mariposas negras batiendo las alas...», le contó Enrique a la prensa argentina. La capital portuguesa los cautivó con una belleza ya entonces un tanto extemporánea: «Lisboa es un cromo anacrónico. El tiempo se detuvo allí quinientos años atrás. Tiene un ambiente colorido y dramático. Parece una postal sobre un hecho de sangre».

El cruce a Marruecos era algo con lo que tanto Enrique como Tania venían soñando desde hacía mucho. Para ella, pisar el norte de África era reencontrarse con sus veinte años, cuando en su primera gira había descubierto los márgenes de una España colonial de costumbres muy diferentes a las metropolitanas. Para Enrique, en cambio, Marruecos era otra ilustración de un libro de cuentos, un lugar legendario construido con la imaginación literaria y alguna que otra referencia periodística que había que corroborar.

Se alojaron en el hotel *Casablanca* de Tetuán. En la primera impresión del país africano se mezcló la curiosidad por un paisaje tan diferente a los conocidos con cierto malestar por el extrañamiento que éste provocaba. Esta vez nadie los esperaba, no había amigos dispuestos a trasnochar en

un clima de algarabía y fraternidad. Enrique no dejó de tomar apuntes. Desde luego, no escondió esa primera impresión: «Marruecos es un cielo muy alto y unas estrellas muy bajas. Las casas parecen telones remendados. A la gente no la pude ver porque iba envuelta en ropa. Marruecos parece una enorme tienda de ropa vieja en la que de pronto los trajes se han echado a andar por su cuenta».

Pero la resistencia inicial pronto cayó ante el espectáculo de una cultura inquietante y original. Una mañana fueron invitados a conocer la residencia de un potentado árabe. Llegaron a un suntuoso palacio a través de callejuelas sórdidas y escaleras tortuosas y húmedas. Los esperaba el señor del harem, a punto de cumplimentar a sus siete esposas. Sólo Tania pudo presenciar la ceremonia, ya que el carácter del acto excluía la presencia masculina. Ante ese ritual que los marroquíes exhibían con auténtico orgullo cultural, Enrique pensó que, después de todo, el del tango no era un universo tan sexista.

No había en el mundo calles invulnerables a la afición urbanística de Enrique. También se habituó a caminar, audazmente solo, por esas calzadas con «telones remendados». En una de ellas, lo esperaba una emoción irrepetible. Si algo faltaba para vencer algunos prejuicios, eso lo trajo el tango. Una tarde, mientras volvía caminando al hotel, Enrique se internó en el Zoco, el barrio morisco de los mercaderes de Tetuán. De pronto, mientras un babuchero le ofrecía unos calzados típicos del país, Enrique escuchó con claridad la melodía de *Yira... yira...* Provenía de un viejo gramófono con bocina, un aparato que tendría más de 20 años de uso.

Antes que la púa de la victrola agotara su rutina circular, el comerciante, un judío sefardita, empezó a masticar el tango de Discépolo en su media lengua que mixturaba acentuaciones hispanas con giros hebreos y el cántico morisco. Enrique no dijo nada. Se quedó detenido en el tiempo y en el espacio, sosteniendo en sus manos como un autómatas un par de zapatos bordados.

Alguna vez había soñado con el éxito en su país, la revancha de su difícil biografía argentina. Solo él, Armando y no muchos más sabían de lo empinado del camino recorrido, de los esfuerzos y las privaciones que habían prolongado la llegada del triunfo, la demorada conquista de Buenos Aires. No había sido sencillo llegar a esa meseta en la que ahora disfrutaba de algunos manjares de la vida. Pero la recepción fuera de la Argentina nunca había estado en sus cálculos, ni siquiera había sido el argumento de sus sueños más remotos. Los aplausos españoles, dentro de todo, tenían su explicación, había una lógica cultural que los respaldaba, una historia de diálogos internacionales que hacía del tango un pariente lejano de la música española. ¿Acaso no era su mujer, su intérprete preferida

y ex cupletista, una española? También las otras historias de fama estaban trazadas en una escala más o menos comprensible. Pero escuchar sus canciones en Marruecos era algo completamente inesperado.

Enrique balbuceó una confesión: él era el responsable de ese tango mediatizado por los melismas árabes. Al escuchar semejante revelación, el viejo babuchero se abalanzó sobre su cliente y le besó las manos. Algo arrepentido de haber desvelado el enigma autoral, Enrique pagó apresuradamente y salió del laberinto morisco como pudo, turbado por haberse encontrado con el otro Discépolo, el apresado para siempre en un disco, en ese lugar fugado de la modernidad.

En el futuro, ninguna experiencia se equiparó a la vivida en un rincón misterioso de Tetuán. «Y al salir de allí di por bien empleados los desvelos que me habían costado mis tangos. Todos eran poco para pagar aquel momento que me había conmovido hasta las lágrimas. Al salir a la calle con un nudo en la garganta, todos los minaretes me parecieron enanos y en la voz de los almuédanos me pareció escuchar ¡*Qué vachaché!*!».

IV.

En el invierno de 1936 la *troupe* argentina ya estaba en París. Allí las cosas no iban a ser tan sencillas como en España y Portugal. El país estaba atravesando una situación social y política muy comprometida. El gobierno socialista de León Blum era cuestionado con dureza por los partidos de derecha, y la situación de la clase obrera no era buena.

De todos modos, el tango tenía adeptos en la patria de Chevalier y Mistinguette. Músicos argentinos radicados en París, como Manuel y Salvador Pizarro, Eduardo Blanco y Juan Bautista Deambroggio («Bachicha») tenían sus orquestas de tango, con las que animaban las noches de varios cabarets parisinos. El nombre de Carlos Gardel, lógicamente, seguía siendo el símbolo de la especie. Se recordaban sus actuaciones francesas, se escuchaban sus discos, y el tango, sin la intensidad de otros años, aún seguía siendo una de las principales músicas de baile. Incluso, en algunas disquerías del centro se podían encontrar tangos de Discépolo, en versiones argentinas y de otros países. En 1930, Alina de Silva había registrado *Malevaje* a su manera para el sello Pathé y las orquestas híbridas de tangos *apaches* solían frecuentar el inventario discepoliano.

Enrique y Tania fueron acogidos con todos los honores. Ray Ventura, director de una prestigiosa orquesta de *jazz*, preparó un recibimiento musical en la Salle Pleyel donde, por primera vez, una expresión de música popular subió a escena. El *jazz*, que ingresaba en su era del *swing*, volvía a

cautivar el oído atento de Discépolo, que hizo de su amistad con Ventura un constante intercambio de perspectivas musicales.

También en Francia era de esperar alguna discusión en torno a la vestimenta. El propietario del teatro Rex, que había encargado un gran cartel luminoso anunciando a «Tania-Discépolo et son orchestre Argentine», insistió en que el tango era música de gauchos con bandoneones. Enrique no cedió: como en España y en los otros países visitados, el frac sería el uniforme de sus músicos, mientras Tania luciría un modelo de Patou y brillantes y zafiros al estilo Cecile Sorel. En aquel espectáculo no había espacio para el exotismo. El público francés quedó sorprendido al comprobar que la más auténtica muestra de tango argentino portaba una vestimenta definidamente occidental y mundana.

Las presentaciones en el Palace Gaumont y más tarde en el mítico Follies Bergère —el auténtico, no la réplica rioplatense en la que Enrique y Tania se habían conocido una noche de 1928— fueron singulares por varias razones, entre ellas por la presencia en los escenarios de una orquesta cuyas dimensiones triplicaban las de todo conjunto conocido. Sin embargo, no obstante las demostraciones de entusiasmo del público francés, Enrique percibió la valla insalvable del idioma. Él hizo un esfuerzo para saltarla. Aprendió a leer los periódicos, imitó con oído musical los acentos de ocasionales interlocutores callejeros y descubrió las rutas de la ciudad leyendo sus carteles y marquesinas. Las librerías del Sena lo deleitaron y lo iniciaron en los rudimentos de una lengua que, a un mes del primer contacto, ya conocía bastante bien.

Obviamente, el esfuerzo no fue correspondido. El público francés no entendió el texto y las entrelíneas discépolianos. Disfrutó de la música, se dejó llevar por su pulsación a la vez muy sonora y perezosa, pero no pudo captar el sentido de las palabras cuidadosamente elegidas por Enrique para sus tangos y sus monólogos. Una parte sustantiva de la poética del espectáculo se perdió irremediablemente bajo el cielo encapotado de París.

Hubo algunos consuelos. Los empresarios del sello Pathé invitaron a los argentinos a grabar unas sesiones que, finalmente, incluyeron *Quién más, quién menos*, *Alma de bandoneón*, *Cambalache*, *De tu casa a mi casa* —un bailecito de Piana y Manzi— y un samba brasileño, *A Favella*, entre otros temas. La otra recompensa fue en una sala mítica: en la noche del Follies, Mistinguette entonó en francés las primeras estrofas de *Esta noche me emborracho*, convirtiendo la velada en un momento histórico.

El saldo de los meses en París quedó resumido en un irónico recuerdo de viaje, quizá no del todo justo para con aquellos franceses que mostraron verdadero interés por la música de Buenos Aires: «París, al principio,